

quien, luégo que hubo llegado á dicha ciudad, mandó prender, atar y sujetar fuertemente al Almirante, al teniente don Bartolomé Colon y á don Diego Colon, sus hermanos, y les hizo embarcar cada uno en una nave aparte, y de esta manera fueron enviados á España y entregados al capitán ó corregidor de la ciudad de Cádiz hasta que el Rey y la Reina mandaran lo que tuvieran á bien hacer tocante á su encarcelamiento y pena. Dijeron algunos que no se había mandado al comendador Bobadilla que prendiera al Almirante, y que había venido como juez de residencia y para informarse únicamente de la rebelion de Roldan Ximenes y sus secuaces. Sin embargo, fuera ó nó por órdenes que tuviera, mandó prender al Almirante y á sus hermanos, y los envió á España, y permaneció en esta isla, teniendo el cargo y gobierno de ésta, y la gobernó en buena paz y justicia, hasta el año mil quinientos dos en que fué destituido y llamado otra vez á España (1).»

Al contar Oviedo este trato cruel que subleva todos los corazones que sienten, no halla una sola palabra de interes por Colon, ni de censura contra Bobadilla. Esta incalificable insensibilidad, esta indulgencia no ménos incalificable respecto de un acto que indignará á la posteridad, hasta el fin de la historia, pinta mejor que cuanto se pudiera decir, la secreta animosidad del castellano Oviedo y Valdés contra el genoves Cristóbal Colon.

¿Se quiere saber hasta dónde puede llegar la ceguedad de la prevencion? Oigamos el juicio de Oviedo acerca del hipócrita y sanguinario Ovando, quien, en sus juegos ecuestres, pasó á cuchillo al inofensivo pueblo de Xaragua, y, con la gravedad de las formas judiciales, mandó ahorcar á la noble Anacoana, la ilustre y excelente reina de Haití.

«Á varios testigos dignos de fé y hasta á varios que viven aún, todos de un mismo dictámen, he oido decir que nunca hasta acá hubo ningun hombre entre los Indios que le excediera, ni aventajara, ni que mejor ejerciera cosas convenientes al buen gobierno de ellos; y que tuvo en sí todas las cualidades más dignas de la estimacion y aprecio de cuantos tienen á su cargo el gobierno de los hombres.

«Porque era muy devoto, buen cristiano, gran limosnero, compasivo para los pobres, dulce y cortes con todos; pero tenia todo el rigor necesario contra los desvergonzados é irreverentes. Favorecia á los humildes y necesitados; mostrábase severo con los soberbios y altaneros, como era debido. Castigaba á los transgresores de las leyes reales con la templanza y moderacion que se debía. Así es que gobernando esta isla con buena justicia, todos le temian y amaban. Favorecia tambien muy mucho á los Indios, y trató como padre á todos los cristianos que seguian el arte militar bajo sus órdenes.

(1) Oviedo y Valdés, *Historia natural y general de las Indias*, lib. III, cap. vi. — Traducción de Juan Poleur, ayuda de cámara de Francisco I.

«Enseñaba y daba á todos el ejemplo de bien vivir, como un caballero religioso de gran prudencia y saber, de manera que conservó el país con mucha paz y reposo (1).»

Cuando se tiene por «buen cristiano, gran limosnero, compasivo para los pobres, dulce y cortes con todos» á un malvado de esta clase, es consecuente mostrarse severo y hasta injusto con el justo. Quien alaba el crimen triunfante no puede aplaudir la virtud oprimida.

No han olvidado nuestros lectores la conducta astuta de Ovando con respecto á Colon, despues de haber varado en Jamáica, y los ultrajes con que le abrumaba, mientras le hospedaba en su casa sólo para captarse la opinion de la Colonia, indignada por su tardanza en socorrerle. Oviedo oculta las ofensas que hubo de soportar el Almirante, y nos muestra al Comendador obsequiándole hasta el momento de su partida (2).

El último y el más violento de los calumniadores de Colon, en España, don Martin Fernández de Navarrete, hace tambien el elogio de Bobadilla; y, para acreditar la opinion de Oviedo, se apoya en el testimonio de Las Casas, quien declara no haber oido jamas decir de él «cosa deshonestá ó que huela á avaricia, ni aún despues de su deposicion y muerte (3).» Despues, tuerce el sentido de Oviedo para acusar á Colon de *faltas ocultas* que motivaban secretamente el castigo que le imponian los Reyes, y dice que los Reyes le habian tratado con favor y le habian indultado! ¿Puede llevarse más allá la impudencia y el odio?

Oviedo no habla ni de favor, ni de gracia; y si refiere la opinion de los enemigos del Almirante, añade, á lo ménos, como correctivo: «Lo más cierto de todo es que jamas han faltado en este mundo murmuradores ni envidiosos, principalmente en este país tan alejado de su Rey (4).» Navarrete hace un cargo á Colon por haberse acercado á Santo Domingo en su cuarto viaje, cuando intentaba reparar ó cambiar el *Gallego* por otro buque, y dice: «Colon, á pesar de esa insinuacion de Sus Altezas, insinuacion que le habian hecho con tanta dulzura y sólomente como un consejo y un deseo, cuando hubieran podido prohibírsele terminantemente, se presentó á la Española, donde quiso tomar tierra (5).»

(1) Oviedo y Valdés, *Historia natural y general de las Indias*, lib. III, cap. xii. — Traducción de Juan Poleur, ayuda de cámara de Francisco I.

(2) Hé aquí las propias palabras de Oviedo. — «Llegado el Almirante á esta ciudad de Santo Domingo estuvo algunos dias descansando aquí. Y festejóle el comendador mayor y túvole en su posada, fasta que despues se partió el Almirante en los primeros navíos que fueron á España.»—Oviedo y Valdés, *Historia natural y general de las Indias*, lib. III, cap. ix.

(3) Las Casas, *Historia general de las Indias*, lib. II, cap. vi.

(4) Oviedo y Valdés, *Historia natural y general de las Indias*, lib. III, cap. vi.

(5) Navarrete, *Viajes y descubrimientos que hicieron por mar los Españoles desde fines, etc.*, tomo I, introduccion, § LXIII.

Es evidente que, con el objeto de disimular las injusticias del rey don Fernando, y hacer algo ménos odiosos los excesos cometidos en la conquista de las Indias, los escritores oficiales de España han desnaturalizado sistemáticamente la historia de Cristóbal Colon. Han cuidado de rebajar y calumniar á los indigenas más dignos de interes, entre otros los dos soberanos que mejor habian acogido á los castellanos; el noble y fiel Guanacanari (1), y la ilustre y obsequiosa Anacoana. En la imposibilidad de afirmar un hecho contra el Almirante, han propagado vagas acusaciones acerca de su carácter, han omitido adrede edificantes pormenores de su vida que, miéntras ilustraban toda su grandeza cristiana, habrian hecho comprender mejor la iniquidad del odioso Rey. Ningun historiógrafo puso nunca en claro la parte edificante y espiritual de su vida que su hijo don Fernando calló por modestia, y todos han prescindido de los hechos más característicos. Así es que el archicronógrafo imperial Oviedo, por quien sabemos los pormenores circunstanciados de la muerte de don Diego Colon, hijo mayor del Almirante, indica apénas la fecha de la de su padre. Efectivamente, ¿cómo un escritor oficial se hubiera atrevido á hablar de un virey á quien se negaba su título, de un gran Almirante sin escuadra, de un gobernador general á quien se impedía administrar? El desafecto del Rey pesaba sobre él hasta en el sepulcro.

No obstante, la suprema pureza de Colon, lo raro y casi sobrehumano que ofrece su mision en la tierra, su influencia en los nuevos destinos de España, asombraron á esos hombres prevenidos, y les han hecho confesar que la antigüedad hubiera levantado templos á ese semi-dios que habia descubierto el Nuevo Mundo. Sin querer han confesado: que merecía una estatua de oro macizo (2) quien acababa de abrir de aquel modo las vías al Evangelio. Han reconocido el apostolado de Cristóbal Colon, sin atreverse á declararlo en voz alta.

Ese vergonzoso silencio, esa premeditacion de los escritores contra una gloria inmortal nos impone el deber de exponer claramente lo que esperaban ocultarnos; reconocer auténticamente el carácter especial de Colon: fijar, una vez para siempre, el papel que se le confi6, el destino providencial de su mision, é indicar las pruebas de favor celestial por las que ese hombre excepcional se distingui6 de los demas hombres.

(1) Washington Irving confiesa que «Oviedo ha procurado denigrar el carácter de ese príncipe indio.» — *Historia de Cristóbal Colon*, lib. VIII, cap. VIII.

(2) El histori6grafo Oviedo escribia desde la Espa6ola: «Por haber traído la fé cat6lica aquí donde estamos nosotros y á todas las Indias, donde la religion cat6lica crece de día en día por la gracia de Nuestro Señor.» — *Historia natural y general de las Indias*, lib. VI, cap. VIII.

§ III.

La persona de Colon, por su grandeza moral, no fué inferior á su empresa.

Sin detenernos en lo que esta vasta existencia ofrece de místico y sobrehumano, consideremos su mision providencial. Pero, á fin de juzgar mejor la vida pública de Colon, examinemos primeramente en él al hombre privado. Penetremos en la interioridad del hogar; por un instante, volvamos á Génova, é internémonos en la trastienda del cardador de la callejuela de Mulcento.

El sentimiento del deber es el rasgo más característico de Colon, el que constituye el fondo de su fisonomia moral, el que le distingue durante toda su vida desde la cuna al sepulcro.

El amor de sus padres forma para el hijo el primero de los deberes. Debe amarles aún antes de conocer á Dios. Pues bien, Colon amaba á sus padres. Se ha visto que se esforzaba por aliviar su pobreza aún cuando él mismo era pobre. Había prevenido y socorrido las necesidades de la vejez de su padre, ántes de arriesgar su vida en su primer descubrimiento. Envi6 al venerable anciano las primicias de su buen éxito y comodidad pasajera. Y cuando el anciano cardador hubo salido del mundo, no le olvid6 jamas Crist6bal Colon, como tampoco á la piadosa mujer que fué la primera que le habia enseñado á amar y servir á Dios. Di6 el nombre de su padre á la capital de la isla espa6ola. El tiempo no entibi6 su piedad filial. La edad, los desenga6os, los padecimientos, los cuidados de la paternidad no extinguieron en su corazon el recuerdo de sus padres. Á los setenta años de su edad, daba todavía una prueba de cari6oso cuidado á su padre y á su madre, pensando en el alivio de sus almas y fundando misas á su intencion.

Por poderosa que fuera la adhesion filial de Crist6bal Colon no disminuía en nada sus sentimientos de cari6o fraternal. Amaba tiernamente á sus hermanos, quienes pagaban su ternura con amor y respeto. Los dos le demostraron igual abnegacion. Encargando á su hijo mayor que amara á su jóven hermano, don Fernando, dotado de más felices disposiciones, le decia: «Diez hermanos no fueran demasiados para ti. Jamas hallé yo mejores amigos que mis hermanos en todas las vicisitudes de la vida (1).» Pero tampoco hubo nunca hermano mayor más pre-

(1) *Cartas del Almirante don Crist6bal Colon á su hijo don Diego*.—Carta del 1.º de diciembre de 1504.

visor y agradecido que Cristóbal Colon para sus dos hermanos menores. Su solicitud por sus intereses se trasluce hasta en sus relaciones oficiales con los Reyes. Pensaba en su suerte al instituir su Mayorazgo. Bajo este concepto, quizás son únicas las disposiciones de ese acto. Tenía presentes en el pensamiento sus servicios mientras escribía su testamento. En todas las circunstancias se vé cuánto se ocupa de los dos amigos naturales que encuentra siempre á su derecha é izquierda, segun su pintoresca expresion. Nombró á don Bartolomé su primer albacea testamentario, y supo inspirar á sus hijos, á favor de sus hermanos, el respeto y adhesion de que eran tan dignos.

El sacrificio que de su corazon habia hecho Cristóbal Colon á la causa del Evangelio, nos priva de juzgarle como esposo. No hablaremos de su vida conyugal, que fué una continua privacion de la íntima felicidad. Todo cuanto se sabe de su matrimonio, es que no tuvo sino sus cargas y cuidados, sin gustar sus dulces compensaciones en la suave dulzura del reposo en el hogar doméstico. Pero ¿cómo puede dudarse de que fuera un cumplido esposo, el que se mostró tan cariñoso padre?

El marino cuya infancia se habia curtido en la ruda navegacion, en las escalas de Levante, tenia entrañas verdaderamente maternas para su hijo mayor, que muy pronto se vió privado de madre: amábale con la previsora ternura con que le hubiera amado doña Felipa si hubiese vivido; y queria con igual cariño á su segundo hijo Fernando. La ingénuo complacencia con la que habla de ese hijo hasta en sus cartas á los Reyes; la manera con que le encomienda á su hijo mayor, nos dice la exquisita sensibilidad que animaba su corazon de padre.

Practicando Cristóbal Colon, en su calidad de cabeza de familia, el principio del deber convertido en él en sentimiento natural, se agregó, por eso mismo, todos los hombres que le sirvieron. Su igualdad de carácter, su recta justicia, su bondad que reprimía la viveza de su carácter, su mansedumbre, su paternal prevision para con sus escuderos y criados le habian conquistado el cariño de cuantos comieron el pan en su casa. Sólo uno de ellos fué ingrato. Y es digno de observarse que no era aquél ni un soldado, ni un marino, ni un caballero; sino una especie de legista improvisado, un formalista, aficionado á cosas curiales, el juez Roldan. Avergonzado de su conducta, pareció más adelante reconocer sus injusticias contra su bienhechor. Todos los que tuvieron la honra de formar parte de la casa del Almirante conservaron una especie de culto por su memoria.

Háanse esforzado muchos en investigar fatigosamente cuál habia sido la causa primera de la conviccion de Colon y de su determinacion por descubrir un continente desconocido. Han creído algunos escritores que tenia conocimientos matemáticos superiores á los de su siglo, que habia sido el primero en hacer uso del astrolabio y del cuarto de circulo. Háse asegurado, sobre todo, que los versos casi

sibilíticos, de una tragedia de Séneca, intitulada *Medea* (1), ejercieron grande influencia en el ánimo de Colon. Tambien se ha creído que la idea de la existencia de un continente situado al Occidente, allende las columnas de Hércules, era fruto de la lectura de algunos autores antiguos.

Estas inducciones, que hasta ahora han sido juzgadas satisfactorias, no pueden resistir un exámen formal.

En primer lugar, los instrumentos náuticos que Colon conocia, eran ya familiares á todos los marinos de su época, y mucho ántes de su nacimiento, se servian ya en el mar de la brújula, del sextante y del astrolabio. Hoy podria disputarse mucho que fuese una especialidad en las matemáticas. El ilustre Humboldt le acusa de impericia y de «falsas observaciones en las cercanias de las Azores.» Juzga que «no se habia familiarizado, como la mayoría de los marinos de nuestra época, sino con la práctica de los métodos de observaciones sin estudiar suficientemente las bases sobre las que se fundan dichos métodos (2).» No deben pues atribuirse á las matemáticas trascendentales la vida y la fuerza de voluntad de Colon. Por otra parte él mismo lo confiesa sin rodeos.

Suele generalmente darse grande importancia á los versos de *Medea*, porque se les encuentra dos veces copiados por mano propia de Colon; pero nada prueba que hayan tenido la menor influencia en su determinacion. El mismo documento donde se conserva grabada la reflexion del Almirante con motivo de esos versos, depone contra esta suposicion por su fecha segura. Estos versos á los cuales nadie, ni el mismo Colon, habian dado ninguna importancia ántes de su Descubrimiento, se hallan copiados en el borrador del libro de *Las Profecias*; (*) por consiguiente debieron ser escritos, no sólomente despues de su primera expedicion, sino tambien despues de su cuarto viaje, mientras se consumia varado en la bahia de Jamáica. Ningun sentido tenian estos versos ántes de la empresa de Colon. La expedicion de éste les ha dotado de un sentido maravilloso; pero ántes que él nadie habia podido notarlos (3). Tampoco seria razonable atribuir una accion determinante

(1) ... Venient annis
Sæcula seris, quibus Oceanus
Vincula rerum laxet, et INGENS
PATEAT TELLUS, Typhisque novos
Detegat orbes, nec sit terris
Ultima Thule...—*Medea*, acto. II, v. 376.

(2) Humboldt, *Exámen crítico de la historia de la geografia del Nuevo Continente*, tom. III, pág. 20.

(*) Véase la paráfrasis que de estos versos hizo Colon en su libro de *Las Profecias*:

«Vernan los tardos años del mundo ciertos tiempos en los cuales el mar Océano alojará los atamientos de las cosas y se abrirá una grande tierra: y un nuevo marino como aquel que fué guia de Jason que hobo nombre Tiphis, descubrirá nuevo mundo, ya entónces non será la isla Thule la postrera de las tierras.»

(3) En su curiosa publicacion de los *Viajeros antiguos y modernos*, no fiándose M. Eduardo Charton de